

# EL PENTAGONO CONVENCE A JOHNSON

## Los militares U. S. A. han prometido ganar la guerra antes del otoño

**U**a semana pasada corrió un rumor por Washington. Después de una discusión bastante tumultuosa, el presidente Johnson terminó diciéndole a Robert McNamara: «De todas formas, jamás será usted ministro de un gobierno Kennedy». Esta historia posiblemente sea apócrifa, pero, en todo caso, dos días después, el secretario de la Defensa era acusado de poner al corriente de los secretos de la Casa Blanca sobre el conflicto vietnamita a Robert Kennedy. Sin embargo, tres días después, McNamara apareció ante la televisión declarando su entera, total y definitiva solidaridad con el presidente Johnson. Cinco días más tarde, Robert Kennedy, apartándose de su habitual prudencia, recomendaba, de forma espectacular, la suspensión de los bombardeos americanos sobre el Vietnam del Norte. A su vuelta de Europa, el senador había descubierto una fisura y había decidido atacar inmediatamente.

¿De qué grieta se trata? Sencillamente, la que separa, de un lado, a los civiles, como Arthur Goldberg —delegado americano en las Naciones Unidas— y McNamara, y del otro, a los militares, en particular el general Wheeler, presidente del comité de jefes de Estado Mayor.

El general Wheeler es hábil, pues ha dejado pasar la breve tregua del Tet —la fiesta del año nuevo vietnamita— y no ha intervenido durante los intentos de Wilson y Kossyguin. Sólo después del fracaso de ambos consideró que su oportunidad había vuelto a sonar y pasó varias horas cara a cara con el presidente Johnson. Es decir, una entrevista sin ayudantes —los jefes de los tres ejércitos— y, sobre todo, sin la presencia de su superior jerárquico, McNamara, hasta hace poco el ministro más influyente. La reunión fue poco protocolaria y cada cual sacó sus consecuencias.

### un nuevo tono

Evidentemente, para Johnson las cuestiones militares se imbrican actualmente como en una caja china. El presidente de los Estados Unidos escucha a los ministros y a los generales, pero habiendo fracasado, según él, la diplomacia política en febrero, pretende utilizar, en marzo, la diplomacia militar. Lo esencial es hacer creer que el presidente quiere sinceramente conseguir la paz —tanto como Robert Kennedy— por lo menos seis meses antes de las elecciones de 1968. Por su parte, el general Wheeler sabe esto y, para convencer al presidente Johnson, propone un plan que aparentemente es militar, pero cuyo objetivo es político: un plan de cinco meses que daría sus resultados antes del próximo otoño.

Según Wheeler, este plan podría obligar a negociar por separado a Hanoi y al F. L. N., sin necesidad de ganar totalmente la guerra sobre el terreno. El general Wheeler descarta la posibilidad de «enfangarse» durante diez o veinte años en el Vietnam. Sin embargo, esta amarga teoría está bastante extendida en Washington y en las salas de banderas de los oficiales que luchan en Vietnam. «Es vaga, derrotista, muy perjudicial para la moral de los soldados y de los generales y es... falsa», dice el presidente del comité de jefes de Estado Mayor. Después de sus entrevistas con el general Westmoreland, comandante en jefe en el Vietnam, Wheeler ha declarado claramente: «No se trataba de trabajar en esa dirección. Una victoria rápida es posible, aunque no sea la que prevén los mandos in-

termedios. No buscamos una pacificación, sino una victoria».

El tono parece haber cambiado, pero, desde entonces, mucho ha llovido sobre Saigón y Washington.

El general Wheeler sabe que Johnson desconfía de los argumentos puramente militares y, cuando habla con él procura, con mucha habilidad, defender sistemáticamente los bombardeos sobre Viet-

nam del Norte a base de consideraciones políticas: estos bombardeos —afirma el general— refuerzan considerablemente la moral de los vietnamitas del Sur y la autoridad del general Ky.

En Saigón, el general Ky ha demostrado al embajador Cabot Lodge y al general Wheeler que el aplastamiento del Norte por medio de las bombas es una de las condiciones para el establecimiento de un régimen estable en el Sur. En su informe al





McNamara, izquierda, ha entrado de nuevo en escena oponiéndose al general Wheeler y defendiendo su postura frente al Ejército, al que acusa de no entender la guerra. Arriba, Johnson y Westmoreland, durante la visita del presidente a Vietnam. Johnson tuvo una reunión directa con Wheeler, en la que McNamara quedó marginado a pesar de su cargo y de tener a Wheeler bajo su mando. Johnson se inclina por la «diplomacia militar».

presidente, el embajador Lodge no escatima los elogios al general Ky («Ha permanecido..., ha liquidado a los budistas»). Y Johnson, obsesionado por el mito de una estabilidad en Saigón, ha «comprado» la idea de un Ky «elegido» jefe del gobierno después de la proclamación de la Constitución en abril.

## nada de desembarco

También el general Wheeler ha quedado «muy impresionado por los progresos políticos de Ky». Y partiendo de esta idea, ha construido el marco de su estrategia militar. Por lo que respecta al Norte, Wheeler reconoce —en la intimidad presidencial mucho más que ante las comisiones senatoriales— que los bombardeos sólo han sido eficaces en un 20 por 100 por lo que respecta a la infiltración de material y refuerzos hacia el Sur. Pero —explica— estos bombardeos son necesarios para «inmovilizar» en el Vietnam del Norte el mayor número posible de soldados.

Según Wheeler, el Vietnam del Norte no podrá competir por mucho tiempo en hombres con los Estados Unidos. Dado que ya tiene 450.000 hombres bajo las armas, el Vietnam del Norte no podrá movilizar más de 700.000. La mejor manera de evitar el envío de refuerzos al Sur es «mantener en alerta permanente y activa» a todos los soldados de Hanoi. Este es el fin esencial de las últimas operaciones lanzadas contra el Vietnam del Norte, que, por su parte, ve en ello un nuevo pelotazo de la escalada.

Según Wheeler, 100.000 vietnamitas del Norte combaten en el Sur y otros 100.000 son utilizados en la D. C. A. De esta forma, las tropas frescas para el Sur tendrían que ser movilizadas entre los 250.000 soldados restantes. Estas tropas son precisamente las que el general piensa «inmovilizar» bombardeando las costas a partir de las unidades de la Séptima Flota y, por encima de la frontera, con la artillería terrestre.

Wheeler estima que es necesario dar la impresión a los vietnamitas del Norte que los americanos no excluyen la posibilidad de un desembarco y, de esta manera, forzarles a mantener una espesa cobertura de tropas a lo largo de sus costas: éste es uno de los principales objetivos de las demasiado ruidosas maniobras anfíbias de los marines entre Quang Tri y Quang Nhai. Sin embargo, tanto Johnson como Wheeler están de acuerdo en no intentar, en ningún caso, un desembarco en el Norte a pesar de la presión que en este sentido hacen otros generales.

Igualmente, con la finalidad de «inmovilizar» las tropas vietnamitas y bloquear el paso de los «sam-

pans» de avituallamiento, los americanos están sembrando de minas la costa nordvietnamita.

## los paracaidistas

El segundo aspecto del plan Wheeler es, por supuesto, el Sur. El general afirma que a las tropas del F. L. N. y a los regulares nordvietnamitas infiltrados les empiezan a faltar municiones para armas automáticas y semiautomáticas, que llegan, principalmente de China. «La revolución cultural ha provocado una revolución industrial, es decir, un retraso en las entregas de los pedidos», afirman los americanos. Es necesario aprovechar esta circunstancia para desencadenar en el Sur grandes operaciones de «búsqueda y destrucción».

De aquí la reciente y titánica operación Junction City, que ha abarcado toda la provincia de Tai Ning hasta la frontera de Camboya. Esta operación ha sido la más importante de toda la guerra: precedidos por oleadas de «B-52», apoyados por carros de combate y «bulldozers», 45.000 soldados americanos han intentado —una vez más— encontrar el Cuartel General del Frente de Liberación Nacional, que se pensaba situado en aquella zona desde 1964. También por primera vez, 750 paracaidistas de la 173 Airborne Brigada se han lanzado sobre la jungla. Los americanos han encontrado importantes «stocks» de arroz, han destruido algunos escondites y han matado a 89 vietcongs. El grueso de las fuerzas del F. L. N. no ha sido encontrado. El pez se había escapado, una vez más, de la red.

La semana pasada, después de este fracaso, McNamara ha entrado de nuevo en escena oponiéndose al general Wheeler. Con un humor que los militares no saben apreciar, ha señalado que si los vietcongs tenían dificultades en el plano de las municiones para armas ligeras, daba la impresión que se encontraban en forma en cuanto a las armas semipesadas: la base americana de Da Nang, la segunda del Vietnam, acababa de ser atacada y batida con morteros.

Actualmente, por todas partes, las unidades del Vietcong, cuando entran en acción, parecen bien equipadas en morteros del 60 y del 80. Algunas llegan a emplear cañones de 105 mm. Si algunas municiones chinas escasean, nuevas armas rusas, que no han sido detectadas por los servicios de información americanos, han llegado al Sur. De esta forma, el plan y los argumentos de Wheeler hacen agua por uno o dos sitios.

Por otra parte, McNamara ha hecho saber, una vez más, que no está de acuerdo con la organización y, menos aún, con las estimaciones de los servicios de información del ejército, que no coinci-

den con los de la C. I. A., en cuanto a los efectivos del Vietcong. Según los militares, aparte los 100.000 soldados nordvietnamitas diseminados por el Sur, no hay más de 50.000 regulares vietcong y 135.000 irregulares. Por su parte, McNamara afirma que esas son falsas distinciones del Estado Mayor; la óptica de oficiales de información que, a través de la rápida lectura de las obras del general Giap, no han comprendido nada sobre el tipo de guerra revolucionaria que desarrolla el F. L. N. Para McNamara, la distinción entre «regulares» e «irregulares» vietcongs es arbitraria y ha contribuido mucho en todos los fracasos de las operaciones de «búsqueda y destrucción». El secretario para la Defensa ha llegado a decir brutalmente que era necesario «salir del folklore de Saigón».

## un nuevo estilo

El general Wheeler se ha defendido y ha explicado que las grandes operaciones del tipo «Junction City» sólo dan resultados al cabo de varios meses. A pesar del escepticismo de McNamara, el presidente Johnson está dispuesto a esperar durante varios meses los resultados de esta grandiosa estrategia a la altura de los medios de que disponen los Estados Unidos. Por otra parte, Johnson ha insistido a McNamara para que se reconcilie con el general Wheeler, aunque sea a través de una tercera persona. En el curso de un programa de televisión, el secretario de Defensa se ha declarado en perfecto acuerdo con Rusk, que últimamente había aceptado tranquilamente la doctrina de los bombardeos contra el Norte. Ciertos miembros de su equipo murmuran: «McNamara está dividido entre lo necesario y lo posible». Y otros añaden: «Los chinos tienen su moderador en Chu-En-Lai. Nosotros tenemos a McNamara, al que habrá que acudir para que invente nuevas ideas cuando el "gran plan" de Wheeler haya fracasado».

Mientras tanto, el presidente Johnson permite que el señor Goldberg y otros emisarios viajen a través de Asia dejando tras de sí un cierto aire de posibles negociaciones y constata que su nuevo, suave, estilo da resultados en el plano interior. Los últimos sondeos prueban que el 67 por 100 de los americanos son partidarios de los bombardeos sobre el Norte. Aunque los mismos sondeos demuestran, también, que el 43 por 100 desaprueban la forma como se dirige esta guerra. En una palabra, aprueban la política del presidente, pero no su estilo.

OLIVIER TODD

Fotos: CIFRA y USIS



Wheeler, jefe del Estado Mayor Conjunto, hombre hábil, capaz de convencer a Johnson: «Una victoria rápida es posible. No buscamos una pacificación...».